

Introducción

Este libro recoge un conjunto de artículos del autor publicados por *Diario de Navarra* a lo largo de varios años. Los temas tratados son muy variados, y van desde la política –como cauce de convivencia– hasta el medioambiente –como algo que debemos respetar; algo que no es nuestro y que ha sido encomendado a nuestra tutela–. También habla de ciencia, de religión, de educación, de sentimientos, de valores y de esta sociedad nuestra que camina presurosa hacia ninguna parte. Pese a su diversidad, todos ellos tienen un denominador común: que tratan de la vida, y no como concepto abstracto o metafísico, sino sobre todo como experiencia subjetiva y existencial.

Nuestra vida de personas humanas se desarrolla en dos ámbitos o dominios distintos aunque íntimamente relacionados entre sí. Por una parte está nuestra relación con el mundo exterior, y por otra, nuestras vivencias internas. Hay corrientes filosóficas que afirman que nuestra mente solo tiene acceso al mundo interior, es decir, que está encerrada en sí misma y condenada a no conocer lo que pasa al otro lado de nuestros sentidos. Kant, por ejemplo, distingue entre las cosas en sí –a las que llama noúmenos–, inaccesibles a nuestra mente, y las cosas en mí –o fenómenos–, que

constituyen nuestro conocimiento del mundo tras haber sido enmarcado en nuestro interior dentro un esquema espacio-tiempo.

Y todo eso está muy bien y es muy sugestivo, pero quizás sea más lógico, y más gratificante, pensar que nuestros sentidos no nos engañan, y que el mundo exterior es tal como nos lo representamos. En cualquier caso, lo verdaderamente importante no es esto, sino cómo nos planteamos nuestras relaciones con los demás y con nuestro entorno, pues de ello va a depender, en gran medida, que, a la postre, nuestra vida haya merecido o no haya merecido la pena.

Lo más externo a nosotros es la Naturaleza y en torno a ella surge la Filosofía. Nace en Grecia –hacia el año seiscientos antes de Cristo– como alternativa a la concepción mítica de los fenómenos naturales que ofrecían las religiones antiguas. Aparece como movimiento «científico» centrado en la búsqueda racional de la realidad, de tal forma que con los primeros filósofos la Naturaleza pasa a convertirse en motivo de observación e investigación. Ya no se la adora, pero se sigue respetando. La rudimentaria industria circunscrita a las artes de guerra y los utensilios agrícolas apenas tiene un efecto apreciable en el ecosistema. La agricultura y la ganadería, al no ser intensivas, ayudan más a la preservación del medio que a su degradación.

Pero el paso a la modernidad supone un cambio radical en este panorama, pues ya no interesa el estudio de las cosas para ver cómo son, cómo se clasifican o cómo se interrelacionan entre sí, sino que se buscan sus pautas de funcionamiento para sacarles la máxima utilidad. Se desacraliza la Naturaleza y se convierte en materia prima para explotarla y aprovecharla con fines prácticos. Y este cambio de mentalidad es el punto de partida del proceso de destrucción del medioambiente que hoy estamos sufriendo.

En el siglo XX, el desarrollo tecnológico y la mejora sustancial de los procesos productivos propician la salida al mercado de unos

artículos que facilitan en gran medida la vida de los ciudadanos. La consolidación de unas clases medias con recursos suficientes para adquirirlos –y unas ansias endiabladas de poseerlos– garantizan las ventas. Las empresas crecen a un ritmo vertiginoso; se implantan los turnos y las cadenas de montaje. A pesar de ello, los mercados siguen siendo eminentemente locales, y la competencia escasa y casi en su totalidad conocida y doméstica. Los costes de producción son altos si se comparan con los actuales, lo que impide que el consumo alcance los escandalosos niveles de hoy en día.

Pero esta situación, ya de por sí delicada, se complica definitivamente con la apertura de mercados y la globalización de la economía. La competencia feroz entre empresas y países para lograr una cota de mercado que les permita sobrevivir, y el afán de lucro de las grandes compañías, propician la desaparición de millones de empresas, la absorción del resto por grandes grupos internacionales, las supertecnologías, la mecanización a ultranza, la mejora de métodos hasta los últimos detalles, la precariedad del empleo, el paro estructural... y en definitiva la esquizofrenia técnico-económico-comercial que hoy padecemos.

Como consecuencia de este frenético proceso, los precios de los artículos de consumo experimentan una reducción tan considerable, que hoy son asequibles a la mayoría de ciudadanos de los países desarrollados y –aunque en menor medida– de los países en vías de desarrollo. El mercado se centuplica, la producción de bienes y servicios también, y el medioambiente sufre una agresión tan brutal, que le aboca al colapso en un periodo muy corto de tiempo.

De esta forma, el mundo artificial va creciendo a costa del natural y acabará engulléndolo. Nos hemos encerrado en el interior de una burbuja acompañados de nuestro deseo de confort y de los artilugios que hemos inventado para lograrlo y afianzarlo. En torno nuestro, a modo de muro infranqueable, hemos construido

un mundo artificial de asfalto y cemento que nos aísla del mundo natural; que deja fuera de nuestra vista la explotación feroz a la que lo estamos sometiendo. Porque hemos convertido la Naturaleza en una mina, fuera de nuestra vista, ajena a nuestras vidas, de la que extraemos mineral hasta que se agote; en un estercolero en el que arrojamos nuestros desperdicios.

Pero una vez más nos equivocamos, porque fuera de la burbuja se nos han quedado muchas cosas que necesitamos, y dentro se nos han colado otras que nos amargan la vida. Fuera ha quedado esa fracción del mundo natural que a duras penas resiste los embates del progreso, y con ella, un buen número de rasgos identitarios de nuestra condición humana. Hemos renunciado al contacto con la Naturaleza, olvidando que es la mejor fuente de equilibrio y sosiego interno de los seres humanos; que solo arraigándose en ella, amándola como una parte de nosotros mismos, podremos recuperar nuestra identidad perdida.

La consecuencia más grave de este despropósito es el cambio climático. Tras muchos años de controversia, hoy ya podemos afirmar que es una realidad, que se está produciendo a mucha más velocidad de la que preveían los pronósticos más pesimistas y que tiene un carácter antropogénico, es decir, que está provocado por la acción del hombre. Ante este hecho, las conclusiones a las que llegan los más optimistas, como la ONU, nos hablan de colapso de la civilización por falta de recursos. Los más pesimistas, como Stephen Hawking, de extinción de la especie humana. En estas condiciones, cada vez es más remota la posibilidad de que algún nuevo logro científico nos saque de este atolladero, y cada vez resulta más evidente que solo a través de un rearme moral globalizado se podrá paliar el monumental problema que tenemos planteado.

Pero es mucho más sencillo seguir mostrándose escéptico respecto a la existencia del problema que renunciar a nuestro coche o a nuestro confort. Es mucho más sencillo llamar catastrofistas a

quienes afirman que nuestros nietos van a tener que soportar un clima extremo, con una escasez trágica de recursos básicos para la vida, que van a estar permanentemente a merced de pandemias provocadas por la proliferación de plagas sobre la Tierra... que asumir nuestra responsabilidad y actuar en consecuencia. Somos una generación egoísta e infame regida por líderes timoratos y encogidos incapaces de afrontar los problemas auténticamente determinantes para el futuro de la Humanidad.

La solución del problema pasa por la reconciliación con la Naturaleza; por el desarrollo de unas pautas de convivencia con ella similares a las que rigen las relaciones con las personas más allegadas. Implica un cambio generalizado de actitud que nos mueva a tomar de ella lo estrictamente necesario respetando el resto; a actuar de forma que propiciemos su desarrollo armónico; a reconocer que la Naturaleza tiene un derecho moral propio que debemos respetar; que no es posible garantizar el bien del género humano sin ampliar nuestro desvelo al entorno que lo acoge; que todo lo que nos rodea no es nuestro, sino un bien encomendado a nuestra tutela del que somos responsables, del que responderemos ante las generaciones futuras; que es un imperativo incondicional garantizar la existencia futura de la vida humana.

Pero esa nueva dinámica solo podrá darse en un mundo en el que se haya superado la profunda crisis de sentido que padece la Humanidad. En este mundo absurdo y carente de sentido que propugnan los movimientos que se autodenominan «de vanguardia», no existen razones de peso para sacrificar nuestro confort con el fin de preservar el de los demás. La mejor prueba de ello es que las medidas que se están tomando para detener la degradación de nuestro hábitat no están en absoluto a la altura del problema... ¿Y saben por qué? ... Pues porque ni gobernantes ni gobernados vamos a admitir jamás unas medidas que afecten mínimamente a nuestro modo de vida.

En este ambiente se echa de menos la componente panteísta de las religiones orientales. Los hinduistas, por ejemplo, manejan un concepto precioso al que llaman *dharma*. El *dharma* es el funcionamiento armónico de un universo en equilibrio, pero también es la ley moral que prescribe la obligación de mantener ese equilibrio. Piensan que el equilibrio interior de cada uno propicia la armonía con los demás y con la Naturaleza, y ésta es una excelente forma de plantearse la vida. También desde una concepción cristiana de la vida, la agresión a la Naturaleza resulta de todo punto inadmisibles, pero el problema es que no basta con desear el bien, sino que hay que realizarlo aunque nos cueste.

Ignacio Ellacuría, jesuita asesinado en El Salvador, afirmaba que lo que necesitamos para lograr una civilización del amor es la cultura de la pobreza. Jon Sobrino, compañero de Ellacuría, matizaba esta frase en los siguientes términos; «*Queremos luchar por una civilización de la pobreza porque es lo único que nos puede salvar. Durante muchos años nos han dicho que lo que nos iba a salvar era la riqueza y la abundancia, pero eso no nos ha salvado... Por una parte, no ha resuelto el problema de la vida; a una gran parte de la Humanidad le cuesta sobrevivir; no dan por supuesta la vida; su mayor problema es mantenerse vivos cada día... Por otra parte no ha civilizado, es decir, no ha humanizado ni a los del Norte ni a los del Sur... Como la expresión que hemos utilizado –civilización de la pobreza– es muy dura y puede ser malinterpretada, podríamos plantearla en términos más templados: Debemos caminar hacia la civilización de la austeridad compartida*»...

Y ésta es la mejor conclusión para finalizar esta primera parte de la introducción dedicada a la Naturaleza: la austeridad compartida. Pero la armonía con la Naturaleza no basta para lograr un grado razonable de felicidad, pues la mayor fuente de felicidad es el contacto con los demás. Hay otras fuentes, como por ejemplo el arte y la cultura, pero ni son gratuitos ni están al alcance de todos.

El problema es que hemos renunciado a disfrutar de la Naturaleza sin destruirla, y que llevamos camino de renunciar definitivamente al disfrute de unas relaciones humanas basadas en el amor y la amistad. Amamos las cosas que poseemos o deseamos poseer, y nos amamos a nosotros mismos por encima de cualquier otra cosa. No necesitamos nada más.

Esto nos lleva a ese ensimismamiento tan característico de nuestra era; al aislamiento espiritual de los otros y, a la postre, a la deshumanización. Llamamos amor a la satisfacción de nuestro instinto sexual, y en definitiva al egoísmo. La esencia del amor es dar, y es darse, pero nosotros, cada vez más, solo esperamos recibir, aprovecharnos del otro para satisfacer las necesidades de toda índole que experimentamos.

Sin duda, el ideal de amor es el amor cristiano. ¿Y saben por qué? ... Pues porque es el más acorde con nuestra condición humana; porque potencia nuestra humanidad como ninguna otra cosa en el mundo. El cristiano auténtico se siente amado por Dios y responde amando... ¿Cómo?... Pues deseando todo lo mejor para el otro; estando dispuesto a cualquier cosa por él; deseando dar muy por encima de la necesidad de recibir... El amor mutuo hace que lo obligatorio sea siempre mucho menos de lo que se desea hacer por el otro. No hay padres que se limiten a cumplir con sus obligaciones; no hay relaciones entre hijos y hermanos que se basen en la justicia. El amor es infinitamente más exigente que todos los preceptos, e infinitamente más satisfactorio que todos los premios.

Como decía José Enrique Ruiz de Galarreta, sacerdote jesuita, *«todos los hombres de bien aspiran a un mundo en el que reine la justicia, pero eso no basta»*. Y no basta porque la justicia premia y castiga, pero no cambia el corazón... y no basta porque la justicia no puede perdonar. La ley deja a la persona a sus propias fuerzas, le pone preceptos que ha de esforzarse en cumplir. El amor lo cambia por dentro y ya no tiene que mandarle nada.

John Locke nos habla de un «estado de la naturaleza» regido por la ley natural. Lo define como un estado perfecto de paz, benevolencia y ayuda mutua. Afirma que el derecho natural de cada hombre está limitado por el derecho igual de los demás hombres, y que este sencillo principio posibilita una ordenada y pacífica convivencia.

Ahora bien, para defenderse de quienes no lo respetan, los hombres pueden unirse libremente para crear una «sociedad civil» que les permita vivir unidos, formando un mismo cuerpo, regidos por una ley común y dotados de un organismo judicial al que recurrir para dirimir las disputas y castigar a los culpables. En esta sociedad, los ciudadanos no ven suplantados sus derechos por los órganos de gobierno, sino garantizados por ellos.

Por tanto, la sociedad civil en la que vivimos es fruto de la claudicación ante la imposibilidad de implantar un estado de la naturaleza basado en la ley natural. Dicho de otro modo, si todos los ciudadanos se comportasen como ciudadanos ejemplares –como hay tantos en el mundo–, se podría lograr ese estado de paz, benevolencia y ayuda mutua sin necesidad de leyes. Pero dada la condición humana, con toda su carga genética animal, ésta es una utopía irrealizable. Pero se trata de una utopía hacible la que se debe tender a través de una educación mucho más centrada en la conducta y en la ética que en la inteligencia y el conocimiento.

Se da la paradoja de que la sociedad moderna propugna, con todos los medios a su alcance, unos valores radicalmente opuestos a los que propician la convivencia, y que, como consecuencia, luego se ve en la obligación de reprimir unas conductas que su propio discurso ha provocado. Y este hecho nos da pie para ocuparnos muy brevemente de la actividad política; una actividad que ha dejado de ser un cauce de convivencia para convertirse en motor de crispación y enfrentamiento.

Para destruir la fama de alguien, basta hoy con un telediario. Es indiferente que se trate de una persona íntegra o de alguien de dudosa moralidad, porque la opinión pública lo juzga y lo condena sin atender a circunstancias o razones. Y es que un número creciente de dirigentes de no pocos partidos políticos han encontrado en la descalificación y la bronca un arma electoral de primer orden, y la usan con tal profusión, que prácticamente reducen su acción política al insulto, la insidia o la calumnia. El objetivo es derribar al oponente llevándose por delante su honor, porque en estos ámbitos los principios éticos, o los conceptos de verdad y mentira, son del todo irrelevantes. Lo único que importa en ellos es decir lo que conviene decir en cada momento para eliminar a quien suponga un escollo en su camino.

Y esto es lo que hay. Hemos reducido el amor al instinto sexual, la Naturaleza a fuente de recursos y estercolero general, los principios éticos a prejuicios trasnochados, la religión a *«patología social que confunde simples fenómenos psíquicos con realidades»* (Freud), y la política a lucha encarnizada por el poder. Y así nos va. En estas condiciones hay quien sostiene que cualquier tiempo pasado fue mejor, pero es evidente que la sociedad humana, vista globalmente y con suficiente perspectiva, progresa en sentido positivo... Hemos pasado de la Inquisición a la Declaración universal de los derechos humanos, de la esclavitud o las condiciones de trabajo inhumanas y degradantes a los tribunales laborales, del enaltecimiento de la guerra a su denuesto, de una sociedad puritana a otra más tolerante y sincera...

Pero este progreso no es lineal, sino que presenta repliegues y retrocesos que sobrevienen en momentos de transición histórica. Y es que los modelos de sociedad son como los seres vivos: nacen, alcanzan la madurez, decaen y mueren. Suele pasar que los logros obtenidos por un determinado modelo en su época de madurez se malogran cuando, agotado, se resiste a ceder el paso a otro más

humano, pujante y puesto al día. Quizás estemos viviendo, inconsciente y plácidamente, uno de esos momentos, pues los síntomas que vemos cada día en nuestra sociedad así nos lo hacen temer.

Bien. Hasta aquí nos hemos ocupado de aquellas cosas que atañen a nuestra vida externa; que conciernen a nuestra relación con el entorno y con los demás. Ahora nos vamos a referir –también muy escuetamente– a nuestra vida interior. Para algunos autores, como Hume, el contenido de nuestra mente se limita a las impresiones que recibimos de nuestros sentidos y a las ideas que esa misma mente se forja partiendo de esas impresiones. Añade, además, que las ideas que no tienen su origen en ninguna impresión deben ser rechazadas por falsas.

Hume sostiene que no hay nada más inexplicable que la interacción entre el mundo material y la mente –el alma–, pues ambos tienen naturalezas contrarias entre sí (uno es material y la otra espiritual). Afirma que el límite de nuestro conocimiento está en las impresiones que recibimos, y que más allá de ellas no es lícito afirmar nada –como por ejemplo la supuesta realidad del mundo exterior a nosotros mismos–. Tendemos a pensar que nuestras impresiones están producidas por objetos que existen fuera de nosotros, pero la verdad es que estamos encerrados en nuestras percepciones y no podemos ir más allá de ellas.

Esta concepción de la mente humana, como mero procesador de información, ha sido recogida recientemente por los impulsores de una nueva corriente psicológica a la que se ha denominado «*teoría cognitiva*» o «*ciencia cognitiva*». Esta corriente está muy ligada al desarrollo de los ordenadores, y de hecho, quienes la defienden afirman que la ciencia cognitiva es aplicable indistintamente tanto a los ordenadores como a los seres humanos.

Y la verdad es que el funcionamiento de nuestro cerebro se asemeja mucho al de un ordenador. Toma la información proveniente de nuestros sentidos (de los periféricos, en el caso de un ordena-

dor), los procesa a través de la actividad cerebral (de la CPU, en el caso de un ordenador) y los almacena en la memoria. Además, nuestro cerebro dirige las funciones mecánicas y bioquímicas de nuestro cuerpo, al igual que un ordenador es capaz de dirigir el funcionamiento de máquinas complejas como los autómatas.

Pero un ordenador no es más que chatarra inservible hasta que se le instala un sistema operativo. Es como un cadáver... En el ser humano, una parte del sistema operativo le llega a través de los genes, y, así, un recién nacido tiene los reflejos de mamar, respirar y todos aquellos que comprueban los médicos justo después del parto. Pero hay otra parte del sistema operativo humano mucho más difícil de explicar desde una concepción materialista del hombre. Nos estamos refiriendo al soplo vital que convierte un pedazo de carne en un ser vivo, a la conciencia de identidad personal, a la libertad, a la facultad de discernir entre el bien y el mal, a la capacidad de amar, de entregarse por encima de todo instinto; al ansia de trascendencia... Además, los ordenadores están programados por los seres humanos y no hacen otra cosa que aquello para lo que han sido programados (aunque una de las funciones programadas sea aprender)... ¿Pero quién programa a los seres humanos?

Por otra parte, un ordenador requiere de un usuario que le marque las tareas y le instale los programas que precisa para ejecutarlas. La pregunta es: «¿Quién es el usuario de ese ordenador que poseo en mi cerebro?». Y la respuesta es muy sencilla: el usuario de mi ordenador soy yo. Pero ¿quién es ese yo ajeno a mi cerebro –a mi ordenador– y que manda en él?... Algunos identifican ese yo con la mente, y la mente con el cerebro, pero otros lo sitúan fuera; por encima de ellos; ejerciendo control sobre ellos. Karl G. Jung, psiquiatra y filósofo suizo, nos deja una definición del yo que merece la pena recoger aquí: «*En el yo –dice– reside la conciencia de que existimos y el sentimiento de identidad personal. Es el organizador de nuestros pensamientos, intuiciones, sentimientos y sensaciones.*

Es también el portador de los valores que dan sentido a la vida y hacen que valga la pena vivir. El cristianismo identifica el yo con el soplo de Dios –Génesis 2,7–; con el alma inmortal que sobrevive a la muerte. De esta forma, la muerte deja de ser el fracaso definitivo e inapelable; el absurdo por excelencia; el sinsentido mayor que cabe concebir.

Frente a la seca concepción mecanicista del hombre, se podría plantear esta otra: «*Tengo*» un cuerpo que se comporta como una máquina sometida a leyes físicas, y un cerebro que actúa como un ordenador procesando y almacenando las sensaciones que percibo... pero no soy ni lo uno ni lo otro. «*Soy*» mucho más.

Ahora bien en nuestro interior no solo encontramos impresiones e ideas, sino también apetencias, anhelos, esperanzas, sentimientos, emociones, voliciones, principios éticos, valores humanos y diversos estados de ánimo, que cambian de forma sutil y nos provocan alegría o tristeza. Entre ellos, el más potente y determinante a la hora de orientar nuestra vida es la felicidad.

Hasta tal punto es importante la felicidad en nuestra vida, que muchos ligan el sentido de nuestra existencia al logro de la felicidad. Algunos van incluso más lejos, y consideran la felicidad como el fin último del ser humano. Gottfried Leibniz afirma que la felicidad es al hombre como la perfección a los entes, lo que significa que en el hombre la perfección consiste en ser feliz.

El problema de la felicidad es encontrarla. Como dice Nathaniel Hawthorne, novelista americano, «*la felicidad es como las mariposas, que cuando corremos detrás de ellas para atraparlas nunca lo logramos, pero si nos sentamos tranquilamente en la hierba es posible que se posen en nosotros*». Immanuel Kant sostiene que nadie es capaz de determinar qué es lo que quiere concretamente cuando quiere ser feliz. ¿Quiere riqueza? ¿Quiere conocimiento y saber? ¿Quiere larga vida? ¿Quiere tener salud? Afirma que cualquiera de estas cosas puede acarrearlos indistintamente felicidad o su-

frimiento, o dicho de otro modo, que no se puede establecer una norma universal que nos guíe en la búsqueda de la felicidad.

Lo que sí sabemos es que la felicidad se puede buscar fuera de nosotros, dentro de nosotros o en la trascendencia de nuestros actos a los demás. Fuera de nosotros existen infinidad de cosas capaces de provocarnos sensaciones gratas, como una buena comida con los amigos, o una salida al monte, o a esquiar, o la compra de un coche más grande y más potente que el que teníamos. Pero hay personas, que prefieren generar el gozo dentro de sí. Son personas que disfrutan íntimamente al sentirse importantes, virtuosas, listas o eficaces; que piensan que no hay nada como la satisfacción del trabajo bien hecho, o el orgullo que uno siente cuando se ve recompensado por el éxito, o reconocido por sus superiores y admirado por sus colegas. Otros buscan esa misma sensación en otros ámbitos distintos; por ejemplo en el ámbito social. Para algunos, la mayor satisfacción es sentirse importantes dentro de la comunidad en la que habitan, envidiados por su posición social, los cargos que ostentan, su forma de vestir, los actos a los que son invitados, su modo escrupuloso de cumplir las normas. Otros, finalmente, piensan que la vida es un don demasiado valioso para gastarla en pequeños o grandes egoísmos. Buscan la felicidad en el compromiso con el bien común o con la causa de los más desfavorecidos, y condicionan su felicidad a la felicidad de los demás. Se sienten portadores de una misión y quieren llegar al final de su vida con la sensación de haberla cumplido. Esta actitud ante la vida entronca directamente con una concepción religiosa de la existencia, lo que nos introduce en la última dimensión humana a la que nos queremos referir aquí. La dimensión religiosa.

Quienes practican una religión sostienen que el ser humano tiene un destino marcado por alguien al que llamamos Dios. Desde esta óptica, se puede afirmar que una religión es un cauce para encontrar en Dios el sentido de la vida. La mayoría de religiones

defiende la existencia de más vida después de la muerte, y esto condiciona de forma radical el sentido del vivir humano, pues desde una perspectiva religiosa, el acierto o desacierto de nuestras acciones no puede estar solo referido a la vida terrena que conocemos, sino a la vida entera; a la de antes y a la de después de la muerte.

Para tratar de entender mejor el fenómeno religioso, conviene resaltar la evidencia histórica de que no se conoce ninguna cultura en la que no esté presente el hecho religioso. Esta realidad nos permite afirmar que la religión no es un hecho adjetivo a nuestra vida, sino sustantivo. La religión responde a necesidades esenciales del hombre, o dicho más concretamente, es una necesidad inherente a la condición humana que propone una interpretación al sentido de la vida, proporciona una motivación para vencer sus reveses y ofrece unos valores propios y exclusivos de la condición humana.

Históricamente, la idea de Dios ha sido aceptada sin reservas por la práctica totalidad de los seres humanos hasta bien entrada la edad moderna, y solo entonces es cuando entra en crisis. Este cambio de mentalidad está relacionado con el desarrollo científico experimentado en esta etapa de la Historia, y más concretamente, con el convencimiento generalizado de que a través de la ciencia íbamos a dominar la Naturaleza, vencer la enfermedad y, en definitiva, lograr en esta vida la felicidad que la religión reserva para después de la muerte.

Sobre esta base, se desarrolla una filosofía materialista, científica, que declara falso todo aquello que escapa al ámbito científico; que afirma, entre otras cosas, que la idea de Dios es falsa, y que la búsqueda del sentido de la vida es absurda o irrelevante. Aunque con distintos matices, vaivenes y alternativas, esta cultura se ha mantenido hasta nuestros días. Los filósofos que la encarnan rechazan de plano la idea de un Dios creador, y propugnan como alternativa a la religión un humanismo ateo que considera pueril la práctica religiosa. Para ellos, la sociedad religiosa tradicional es

algo del pasado solo apta para niños y gente inmadura. Se llega a afirmar que los descubrimientos científicos hacen que las religiones se tambaleen y se conviertan en grupos marginales en extinción.

Pero el principal argumento para negar la existencia de Dios no es ni filosófico ni científico, sino el espectáculo sobrecogedor del mal en el mundo. Porque si el origen del mal no está en Dios creador de todas las cosas ¿dónde debemos buscarlo?... Como decía Epicuro en el siglo IV antes de nuestra era, *«O Dios quiere evitar el mal, pero no puede, y entonces es impotente; o puede y no quiere, y entonces es malo; pero tanto en un caso como en el otro, no sería Dios»*.

Este argumento para negar a Dios parece en principio inapelable, pero no lo es. Si somos rigurosos en el planteamiento, veremos que lo único que demuestra es que el mal en el mundo no tiene explicación racional. Como dice Juan A. Estrada, filósofo contemporáneo, *«Es característico de la mente humana plantearse grandes cuestiones filosóficas que escapan a las limitaciones de su conocimiento, y acabar reconociendo que nuestra mente limitada no tiene respuesta para muchos enigmas existenciales que ella misma nos plantea»*... Esto significa que tenemos que aprender a vivir asumiendo que hay muchas cosas que no conocemos, y que hay preguntas a las que no sabemos responder. Pero esto solo indica que el problema del mal no es asequible a nuestra mente... y nada más. Ligar la existencia del mal a la inexistencia de Dios es un argumento muy socorrido y convincente, pero carente de rigor.

Ahora bien, si concebimos a Dios como argumento para racionalizar lo incomprensible, o como algo o alguien del que se deba derivar algún tipo de utilidad, justificar una moral o sancionar unas leyes, estaremos convirtiéndolo en una construcción humana a la medida de nuestros deseos. Dios es una experiencia existencial que se impone a quien cree en Él, aunque no practique ninguna religión positiva o trate de objetivar su creencia.

Hay muchos cauces establecidos para llegar a Dios, y a estos cauces los llamamos religiones. Desde esta perspectiva, y refiriéndonos concretamente al cristianismo, es cristiano quien ha encontrado en Jesús el mejor referente para dar sentido a su vida, y lo ha hecho porque su forma coherente de vivir y morir no se entiende sin estar animado por el viento de Dios que sopla en él como un huracán. Pero ¿dónde está su novedad?

El mundo nos dice que seremos felices si somos ricos, si tenemos poder o prestigio social, si no nos dejamos avasallar, si somos más listos que los demás para los negocios, si vamos de diversión en diversión, si no nos metemos en líos, si no nos insultan ni nos persiguen. Jesús, en cambio, nos propone un código de felicidad radicalmente distinto e inverosímil... ¿Quieres ser feliz...? –nos dice–... pues confórmate con poco, comparte lo que tienes con los que no tienen, aprende a sufrir, di siempre la verdad, no seas violento, trabaja por la paz y la justicia, no trates de aprovecharte de nadie... y no te preocupes si te insultan y te persiguen por ello, pues a la larga serás mucho más dichoso.

Quien se fía de Él, está dispuesto a vivir compartiendo, perdonando, sembrando la paz, trabajando por la justicia, actuando siempre con sinceridad y sin temor al sufrimiento. Es decir, está dispuesto a jugárselo todo apostando a unos criterios de locos; viviendo de acuerdo con unos valores tan estrafalarios como poco evidentes, pero que tienen la virtud de llenar la vida de cualquiera.

Terminamos. En esta introducción hemos tratado de recoger la temática general de los artículos que se incluyen a continuación y se ha intentado plasmar el espíritu que los anima. No están ordenados por temas, sino por cronología, de tal forma que dos artículos consecutivos pueden estar referidos a temas totalmente diferentes y pueden estar tratados con un grado de profundidad muy distinto.